

FIESTA DE LA VIDA

“Hijo es un ser que Dios nos prestó para hacer un curso intensivo de cómo amar a alguien más que a nosotros mismos, de cómo cambiar nuestros peores defectos para darles los mejores ejemplos y, de nosotros, aprender a tener coraje. Sí. ¡Eso es! Ser madre o padre es el mayor acto de coraje que alguien pueda tener, porque es exponerse a todo tipo de dolor, principalmente de la incertidumbre de estar actuando correctamente y del miedo a perder algo tan amado. ¿Perder? ¿Cómo? ¿No es nuestro? Fue apenas un préstamo... EL MÁS PRECIADO Y MARAVILLOSO PRÉSTAMO ya que son nuestros sólo mientras no pueden valerse por sí mismos, luego le pertenecen a la vida, al destino y a sus propias familias. Dios bendiga siempre a nuestros hijos pues a nosotros ya nos bendijo con ellos”.

José Saramago, Premio Nobel de Literatura

Por P. PABLO HERNANDO MORENO
Asesor Nacional MFC-Argentina

El día 25 de marzo, Fiesta de la “Anunciación del Señor”, se ha declarado “Día de la defensa de la Vida”. Defensa de la vida, también defensa del niño por nacer, para que todo el mundo y cada uno de sus habitantes, donde quieran que vivan eleven unidos un cántico de gratitud por el don y el regalo de la vida.

La vida es el gran regalo que Dios, nuestro Padre, nos ha concedido. El poder disfrutar de la belleza del sol, durante el día, y de la luz de las estrellas en la noche; el poder caminar y contemplar las cumbres de las montañas y los colores de nuestros cerros, que el Ser Supremo derramó caprichosamente en cada una de las quebradas; el poder disfrutar de los ríos y de los mares, nos hablan de bellezas, que superan la inteligencia de la persona humana.

El Papa, San Juan Pablo II, en su Carta Encíclica “Evangelio de la vida”, que es un canto de alabanza al don más grande que Dios nos ha concedido, como es la propia vida, además de remarcar el tema como “centro del mismo mensaje de Jesús”, afirma con toda fuerza: “La vida humana es sagrada e inviolable en cada momento de su existencia, también en el inicial que

precede al nacimiento. El hombre, desde el seno materno, pertenece a Dios que lo escruta y conoce todo, que lo forma y lo plasma con sus manos, que lo ve mientras es todavía un pequeño embrión informe y que en él entrevé el adulto de mañana, cuyos días están contados y cuya vocación está ya escrita en el libro de la vida (cfr Sal 139/138, 1. 13-16)” (E. de la Vida, n° 61).

La Iglesia Católica lo ha afirmado siempre en su larga historia bimilenaria, como una verdad indiscutible, que ha sido reafirmada por los más modernos estudios de la reciente ciencia “bioética”, que se ha dedicado a probarlo con minuciosos y abundantes datos, tanto científicos, como experimentales, basados en las fotografías extraídas del seno materno. Basados en esta certeza, tanto de la ciencia, como de la moral, el Concilio Vaticano II remarcó: “se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción; tanto el aborto como el infanticidio son crímenes nefandos” (G. S., n° 23).

El papa San Juan Pablo II en la Presentación de las Cartas Credenciales del Nuevo Embajador ante la Santa Sede, D. Carlos Luis Custer, nos ha recordado a todos: “En cumplimiento de su misión, la Iglesia no cesa en su esfuerzo por

invitar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a construir una sociedad basada en valores fundamentales e irrenunciables para un orden nacional e internacional digno del ser humano.

Uno es ciertamente el valor de la vida humana misma, sin el cual no sólo se quebranta el derecho de cada ser humano desde el momento de su concepción hasta su término natura, y que nadie puede arrogarse la facultad de violar, sino que cercena también el fundamento mismo de toda convivencia humana” (Discurso de su Santidad San Juan Pablo II). Estas palabras del Santo Padre nos marcan una trayectoria cristiana, que debemos seguir, como lo hemos hecho en el pasado, buscando siempre y con toda voluntad el gran ideal de “construir una sociedad basada en los valores fundamentales e irrenunciables”, que son los únicos que nos pueden asegurar una paz duradera, una justicia confiable y una convivencia permanente. Cuando sabemos respetar y custodiar la vida, desde el primer instante de su concepción hasta su final natural, estamos construyendo una nación sana y fuerte, cuya primera y preferencial tarea es la de defender las personas, que pueblan nuestro suelo, por encima de

todos los demás intereses materiales, sociales, políticos y religiosos.

Con profunda sabiduría, nacida de la experiencia y de la oración, afirmaba el Papa Beato Pablo VI, de feliz memoria, estas palabras tan elocuentes: “Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la Humanidad entera” (El desarrollo de los pueblos, n° 14).

Poseemos un territorio amplio y extenso, rico en posibilidades, donde el Creador ha sido pródigo en regalarnos bellezas naturales, terrenos fértiles, ríos caudalosos, es decir una espléndida casa donde poder habitar y disfrutar. Nosotros, los habitantes de esta casa, hagámonos dignos de la misma y que la llenemos de hijos dignos y sanos, que la puedan engrandecer y consolidar. Recuerdo unas palabras del universal autor, Miguel de Cervantes, quien dice en su conocido libro *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*: “Los hijos, señor hidalgo, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de su padres y gloria de su posteridad”.

Lo mismo que las familias, las naciones serán gloriosas y tendrán un futuro digno, si han sabido respetar y educar a sus hijos en las sanas tradiciones y han sabido formarlos para ser forjadores de un patria grande y libre, como soñaron nuestros próceres y lucharon por conseguirlo. ¡Sigamos su ejemplo de lucha, de grandeza y de libertad!

Quiero terminar esta reflexión con estas palabras de la Madre, ahora ya Beata, Teresa de Calcuta, quien escribió con todo el ca-

riño de su corazón femenino: “La amenaza más grande que sufre la paz hoy día es el aborto, porque abortar es hacer la guerra al niño; el niño inocente muere a manos de su propia madre. Si aceptamos que una madre puede matar a su propio hijo, ¿cómo podremos disuadir a otros de que se maten? ¿Cómo persuadir a una mujer de que no cometa un aborto? Como siempre, hay que hacerlo con amor y recordar que amar significa dar hasta que duela. Jesús dio su vida por amor a nosotros. Hay que ayudar a la madre que está pensando en abortar, ayudarla a amar aún cuando ese respeto por la vida de su hijo le signifique sacrificar proyectos o su tiempo libre. A su vez el padre de esa criatura, sea quien fuere, debe también dar hasta que duela.

Aborto significa que la madre no ha aprendido a amar; que ha tratado de solucionar sus problemas matando a su propio hijo; significa que el padre no ha asu-

mido la responsabilidad por el hijo engendrado. El país que acepta el aborto no está enseñando a su pueblo a amar, sino a aplicar la violencia para conseguir lo que se quiere.

El niño es un regalo de Dios para la familia. Les pido, por favor, que no maten a los niños. **YO QUIERO ESOS NIÑOS: ¡DÉNMELOS!**”

Son conmovedoras las palabras de la Madre Beata Teresa de Calcuta, quien dedicó toda su vida al cuidado de los más pobres entres los pobres. Bien merece la pena que la volvamos a leer y reflexionar, para que nos mentalicemos nosotros mismos y mentalicemos a los demás sobre la necesidad imperiosa de salvar la vida de los más indefensos niños, los que están en el seno de la madre.

¡Dios nos bendicirá por respetar la vida de los más pequeños de la humanidad!

